

The background of the cover is a light beige color. It features several overlapping, semi-transparent elements: a large, crumpled white paper texture that covers a significant portion of the lower and right areas; and various geometric shapes in shades of brown and beige, including vertical bars, rectangles, and horizontal lines, some of which are layered over the crumpled paper.

---

# **Cultura, ciudadanía y territorio. Prácticas contemporáneas en la construcción y la deconstrucción de relatos y representaciones**

---

**Benito Burgos Barrantes**



En uno de los pasajes de *Mujeres y poder* Mary Beard (2018) advierte de las tentaciones que acechan la reescritura de esa conferencia que más tarde, trascendiendo una vocación quizás fugaz y gestual, se ha de convertir en letra impresa.<sup>1</sup> En realidad, ¿uno y otro formato cumplen indistintas funciones, atienden a idénticos objetivos? ¿Son equivalentes, intercambiables, en el tono, la forma y el contenido? ¿Poseen la misma proyección temporal o voluntad de perdurar? ¿Hasta qué punto permaneces al margen y mantienes las cosas tal cual se contaron o, por el contrario, afinas o reelaboras el argumentario? La labor de pulido gramatical, de embellecimiento y matiz, parecería casi inevitable, pero la tentación —o pura necesidad, o conveniencia— de ir más allá y reelaborar buena parte de lo expresado verbalmente está siempre latente.

Trataré, en este caso, de mantenerme en una aconsejable y prudente equidistancia entre ambas pulsiones —y respetar en esencia el esquema y la intencionalidad originarios, un diálogo entre marcos teóricos y ejemplos sobre el terreno—, en el convencimiento de que son formatos o formalizaciones que persiguen fines diferenciados, que palpitan internamente de forma heterogénea, que obedecen a mecanismos de expresión y recepción en buena medida divergentes y que se proyectan en temporalidades muy desiguales. La letra escrita aspira a una más larga permanencia en el tiempo, que aconseja depurar lo más anecdótico o circunstancial, frente al destello puntual y el alcance más efímero de la charla o conferencia. Comparto, en fin, estas vacilaciones con el lector, pues han estado muy presentes en la redacción de este capítulo.

1. Este texto, en su versión original, fue pronunciado en forma de conferencia dentro del *Seminario Paisajes Creativos* en junio de 2021. Se terminó de escribir en septiembre del año siguiente.

## Ciudadanía, territorio y prácticas culturales

Aclaro, de antemano, que este texto se escribe a partir del marco de referencia, trabajos y experiencias de los programas Cultura y Ciudadanía y Cultura y Ruralidades del Ministerio de Cultura. Ambos programas nacieron, todavía anudados, en 2015. Cultura y Ruralidades se desgajaría, bajo esta precisa denominación, un par de años más tarde a fin de subrayarlo y conferirle una entidad, una estrategia y una imagen propias. La vindicación del territorio, de lo rural, de las ruralidades —en conexión con las prácticas culturales allí situadas—, la reformulación crítica de las relaciones centro-periferia —desde un punto de vista social, material, cultural y simbólico— o la voluntad de entender los procesos culturales y de articular a sus agentes desde una óptica deliberada y enfáticamente territorial eran cuestiones y problemáticas que, en todo caso, estaban no solo muy presentes en la génesis de Cultura y Ciudadanía, y lo siguen estando, sino que ya por entonces adquirirían también una absoluta centralidad, un rango o una raíz constituyente.

Más allá de algunas inevitables particularidades, son, los dos, programas que se asientan en los mismos presupuestos programáticos y axiológicos; hermanos gemelos, o siameses, que cohabitan, respiran al unísono y se retroalimentan. Ambos abren, despliegan y comparten procesos participados de indagación, reflexión y producción de conocimiento en los que confluyen multitud de agentes, públicos y privados. Promueven y facilitan, en paralelo, diversos espacios itinerantes de encuentro y relación que persiguen impulsar y construir redes de intercambio y comunidades de práctica que apuesten por una cultura social, multidiversa, crítica, transformadora y participativa. El fomento de la participación activa y el del agenciamiento de sujetos y comunidades son, justamente, dos de los ejes estructurantes de ambos. Como también lo es una específica vocación territorial, descentralizada, excéntrica, fiel y consustancial a nuestro mismo mandato institucional dentro del ministerio, pero que responde por encima de todo a una voluntad consciente que entiende la política cultural desde una óptica reticular, ecosistémica, (bio)diversa y pluricéntrica.

Los programas se despliegan a partir de diversas acciones. Las más señeras, por visibles y expansivas, son los encuentros o foros anuales: el Encuentro Cultura y Ciudadanía (que en 2022 celebró su octava edición) y el Foro Cultura y Ruralidades (que ese mismo año alcanzó la quinta), los cuales funcionan como espacios relacionales y focos de agitación intelectual en torno a los retos culturales del presente. Estos espacios, que a través del tiempo han alcanzado un alto potencial activador y articulador, han ido enriqueciéndose con otros proyectos y herramientas de vocación

colaborativa, como el laboratorio de experimentación e innovación ciudadana en el medio rural Rural Experimenta, diseñado en estrecha colaboración con Medialab Prado; una línea editorial propia; un vasto corpus documental audiovisual, o un par de extensas cartografías de proyectos que funcionan como archivos de prácticas y herramientas de investigación de referencia hoy para multitud de agentes.



Imagen 1. Rural Experimenta es un laboratorio de experimentación e innovación en el medio rural. La tercera edición, en 2021, tuvo lugar en Vilafranca (Castellón) y l'Espluga de Francolí.

Está presente, en todo este quehacer, la voluntad de activar y articular, colectivamente, un hábitat —en un sentido casi literal del término— de conocimiento y relaciones, que se nutre del diálogo entre la institución y la *extitución*, la especulación y la praxis, entre el saber académico y las experiencias y aprendizajes que fluyen de lo cotidiano, de esos espacios informales o intersticiales de producción de conocimiento que reivindicamos como imprescindibles para conectar la cultura y la creación con la vida, siempre el camino más eficaz para su socialización. Se configuran, en suma, Ciudadanía y Ruralidades, como sendos dispositivos de investigación-conceptualización-acción basados en las inteligencias colectivas y puestos al servicio de procesos de imaginación y acción públicas, con un fin último: problematizar, deconstruir y reformular ciertos paradigmas y modelos heredados para descubrir modos de estar en la cultura que nos permitan comprender mejor la realidad contemporánea, asirla e intervenir sobre ella.

Para concluir esta introducción, quisiera trazar varios apuntes sobre el marco conceptual que nos sirve de referencia y dispositivo de navegación. Con frecuencia nos gusta explicarlo a partir de cierta idea de transición(ones) o desplazamiento(s): aquellos que se vienen gestando en la gestión y la política cultural durante los últimos años, y que solemos explicar en forma de pares o binomios. Estos se entienden no tanto quizás en términos antagónicos o dicotómicos, excluyentes, como, en la mayoría de los casos, en forma de desplazamientos o giros de determinados paradigmas ya existentes hacia la codificación de otros nuevos o emergentes, disruptivos de algún modo. Son pares que se posicionan a menudo —existen, no obstante, ciertas rupturas o negaciones rotundas e indiscutibles— de manera relacional o dialógica, cual sistemas de vasos comunicantes que, según el contexto, el momento y la práctica, se mueven, fluctúan y se reequilibran. En algunos casos lo nuevo viene, no obstante, como apuntamos, a clausurar el paradigma precedente y a sustituirlo.

Algunas de esas directrices u orientaciones que pretenden guiar nuestro cometido, abiertamente relacionadas en este caso con la noción de paisaje, serían las siguientes. La concepción de la cultura —sobre todo desde una óptica de política pública— como un derecho y no únicamente como un recurso productivo, no tanto como una mercancía o bien de consumo como, ante todo, un espacio para la participación; la no identificación absoluta de lo público con lo institucional y sí, también, con una cierta idea de *procomún*; el reconocimiento del papel del territorio en su conjunto, subrayando el rol significativo de lo rural, en el “sistema cultura” y en sus procesos de relación y producción; la importancia de los espacios de lo cotidiano —esa “invención de lo cotidiano” como espacio de resistencia, también cultural, que proclamaba Michael de Certeau— y de las culturas populares —si tal expresión nos sigue sirviendo hoy— en la conformación de subjetividades, estéticas y relatos; el pensamiento ecosistémico aplicado al tejido cultural y el reconocimiento del papel de la ciudadanía dentro de ese ecosistema y sus procesos, con carácter especial en aquellos que afectan al espacio público, a su diseño y su cuidado; la importancia, para activar procesos ciudadanos, de las prácticas pedagógicas y de mediación; la integración en el discurso de las perspectivas (eco)feminista, descolonial e intercultural y medioambientalista; el entendimiento de la cultura como un espacio relacional para el cruce de disciplinas —transdisciplinaria radical—; el equilibrio y reequilibrio permanente entre lo artístico y lo social-antropológico; y, en definitiva, entre otros múltiples giros, el reconocimiento del sujeto cultural por delante, o por encima, del objeto cultural —una ontología subjetiva y relacional de la cultura—, lo cual lleva implícita, a su vez, una reivindicación cultural y política del proceso frente al paradigma casi siempre materialista del resultado o evento.



## El paisaje en relación con las personas. Las personas en relación con el paisaje

¿Cómo aplicar este marco al concepto de paisaje y su reinención a través de las manifestaciones narrativas y artísticas? ¿Cómo opera, adónde nos lleva? Lo ilustraremos a través de diferentes ejemplos y casos que desgranaré a continuación, pero antes quisiera abrir un paréntesis para dejar constancia de algunas anotaciones sobre la propia noción de paisaje y compartir tres posibles claves que en mi opinión habrían de estar muy presentes en sus procesos de creación y (re)imaginación.

Ese tránsito del objeto al sujeto que mencionábamos más arriba sería determinante cuando hablamos, concretamente, de paisaje y, más en particular, de paisajes creativos. En un texto que escribí en 2020 (Burgos, 2020a) para la revista *PH* del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico expresaba lo siguiente —y perdón por la autocita, pero a veces es el camino más corto—: “El paisaje, aunque se sustenta en un soporte material, se define ante todo como una red o trama, un complejo sistema de relaciones subjetivas y ecosistémicas: sociales, productivas, medioambientales y también históricas y culturales, por supuesto... La noción de paisaje introduce al menos tres elementos que resultan decisivos en las actuales conceptualizaciones del patrimonio cultural: su naturaleza progresivamente expansiva, transversal e interdisciplinar —si es social, el patrimonio no tiene disciplinas—, su proyección cambiante, dinámica y evolutiva y, en tercer lugar, su carácter de construcción social sujeta a la percepción subjetiva [...]. Este se nos revela como entidad inacabada, agrietada, llena de dudas, siempre por completar, siempre por hacer [...]. Viva. Más que una cosa, el patrimonio (el paisaje) se proyecta como foco de significados —ideas y emociones—, que son necesariamente múltiples, en ocasiones inesperados o contradictorios, y desencadena prácticas y procesos que son colectivos, relacionales, performativos, experienciales, políticos” (Burgos, 2020a: p. 35).

El paisaje así concebido —un ente abierto, provisional, mutante y en tránsito permanente hacia nuevas capas de significado y múltiples interpretaciones— permite enfatizar lo procesual, lo performativo, lo gestual, cuando imaginamos experiencias de (re)construcción de los espacios del común; y es en la revisión, reinterpretación y reinención de lo visible y lo invisible donde, justamente, tienen la creatividad y las artes capacidad de intervenir. A continuación proponemos tres claves que pueden ayudarnos a orientar y activar tales procesos.<sup>2</sup>

2. Para completar el planteamiento que propongo aquí recomiendo la lectura de *Pensar y hacer en el medio rural. Prácticas culturales en contexto*.

Que el paisaje no es un lienzo en blanco sería la primera. Resulta imperativo partir de un contexto, que se entiende, por supuesto, como físico-material y humano y, cada vez más, no humano o poshumano —la *diplomacia* con los restantes seres y especies está cada vez más asentada en el discurso y la praxis cultural—, y es preciso comprenderlo, y aprehenderlo. El lugar de partida habría de ser, por consiguiente, el del respeto, el del conocimiento y el reconocimiento, el de la empatía y la escucha.

Cuando hablamos de creación, en segundo lugar, más allá de los aspectos visibles o materiales, conviene reflexionar acerca de lo invisible, lo inmaterial, lo sensorial, e indagar en aquellos conocimientos y saberes situados, en las diversas formas de relación con el espacio físico, en los mecanismos de construcción social, en los recursos y las formas de producir de ese territorio. Todos estos factores o condicionantes, interrelacionados, devienen determinantes cuando pensamos en manifestaciones culturales y artísticas que pretenden ser significativas para la comunidad y en potencia transformadoras.

En tercera instancia, al pensar en términos de resultado o fin de la actividad creativa, y sin desdeñar desde luego la producción material o simbólica —representaciones, imágenes, narraciones— que nos conmine a modificar o renovar la mirada, o a desvelar lo oculto, o a trastocar la percepción de lo real o visible, la vertiente procesual y experiencial que la práctica artística puede tener, capaz de afectar en primera persona a los individuos, debería de alcanzar, como se ha venido insinuando, una relevancia profunda. Hablamos, en uno y otro caso, de agitar las energías implícitas y las potencialidades subjetivas de un territorio para envolver lo poético bajo un principio ético-político de utilidad.

## **Relatos, prácticas y experiencias para la reimaginación del territorio**

Planteo a continuación un itinerario por un ramillete, muy abocetado e impresionista —son innumerables los que vienen germinando en los últimos años— pero representativo, de ejemplos y experiencias, situados en el medio rural principalmente, que jalonan e inspiran nuestro proceso de trabajo y que dialogan con un concepto tan flexible y expansivo como es el de paisaje. Si bien nuestra aproximación al fenómeno cultural no es de carácter disciplinar o sectorial, ya lo anunciamos, seguiré aquí, en cierto modo, ese criterio, en cuanto que permite ordenar y clarificar la exposición.



Quisiera empezar refiriéndome a las artes narrativas —la literatura y el cine—, por la honda fuerza transformadora que en la conformación de la percepción social y en los procesos de imaginación y reimaginación colectivos poseen los relatos e historias. A modo de bosquejos literarios, y por ceñirnos a una región o lugar concreto, voy a escoger tres autores y otros tantos títulos ambientados en Extremadura.

El primero de ellos es Julio Llamazares, quien hace tiempo nos puso sobre la pista —su obra *La lluvia amarilla* adquiere un valor casi fundacional— de aquello que hoy se ha venido a llamar la *España vacía* o *vacía-da*. Llamazares pasó el confinamiento provocado por la pandemia en la sierra de los Lagares, cerca de Trujillo, en Cáceres, y allí y entonces escribe una obra, *Primavera extremeña*, un librito o pequeño diario de apuntes que relata, esencialmente, la explosión de la vida, el florecimiento desbordante de aquella deslumbrante primavera extremeña del año 2020, que espolea en el escritor un radical cambio de mirada y sensibilidad frente a la profunda desolación que recorría las páginas de *La lluvia amarilla*. El autor leonés, que con frecuencia ha escrito relatos llenos de pesimismo sobre nuestros pueblos y paisajes, atravesados por un agudo sentimiento de pérdida (no en vano su pueblo natal fue sepultado por las aguas del pantano del Porma), en cambio, ahora, experimenta cierta metamorfosis emocional para brindarnos una visión del paisaje extremeño y su paisaje elocuentemente más luminosa y esperanzadora. Llamazares inculca esa nueva sensibilidad al lector, en quien hace germinar, diría, renovadas miradas sobre los paisajes cacereños.<sup>3</sup>

*El balcón en invierno*, de Luis Landero, es una suerte de recorrido por los paisajes de la memoria de su autor, inmigrante extremeño que, muy joven, abandona su tierra natal y que, al cabo del tiempo, ya en la madurez, emprende un viaje interior por sus recuerdos que le desvela sentimientos y emociones hacia la tierra que dejó años atrás largamente ignorados. Landero recrea paisajes emocionales íntimos, resignifica momentos, relaciones y lugares; no se trata tan solo de un retorno interior a sus orígenes, también reinterpreta su recuerdo bajo una nueva luz, y empuja al lector —en especial a aquel que, como él, un día tuvo que migrar— a revivir emociones análogas.

En último lugar, me detengo en Gabi Martínez, un escritor barcelonés de ascendencia extremeña por parte materna, concretamente de la

3. Casualmente, hace unos años el filósofo alemán Peter Sloterdijk también pasó una semana en la sierra de los Lagares. En sus reflexiones sobre aquellos días en Extremadura, Sloterdijk expresaría que esta región en los confines de Europa constituye el último reducto antropológico y ecológico del continente. Antropología y ecología confluyen, disciplinariamente, no lo olvidemos, en la elaboración de la noción de paisaje.

Siberia, una agreste comarca ganadera de la provincia de Badajoz. Gabi, en su constante interrogación acerca de su pasado y su memoria, decidió enfrentarse a la experiencia de vivir unos meses en esta tierra en condiciones parecidas a las que en su día vivió su madre —pastoreando ovejas y durmiendo en un humilde cobijo sin luz ni agua corriente— y, en paralelo, registrar su peripecia. Además de relato de su propio viaje interior, la experiencia vital de Gabi, narrada en *Un cambio de verdad*, supone toda una reivindicación de los paisajes, las gentes y las formas de vida de la Siberia; es una llamada al empoderamiento de una comarca con infinitos recursos naturales y paisajísticos recientemente declarada reserva de la biosfera. Libros como este son magníficos y eficaces detonantes para trastocar percepciones y avivar esas potencias implícitas de personas y territorios a las que antes aludíamos. Posteriormente el escritor organizaría la llamada Caravana Negra, una trasterminancia —o trashumancia a pequeña escala— con un deslumbrante rebaño de ovejas merinas negras —la rústica y autóctona por naturaleza— de poderoso magnetismo simbólico, acompañado para ello de un grupo de artistas (Agustí Villaronga, Carla Boserman y otros), que registraron a través de diferentes medios —fotografía, cine, diseño, cómic— el hipnótico viaje. Hoy Gabi dirige en un municipio de la Siberia, Tamurejo, un festival de literatura y naturaleza, Literatura, dispuesto a seguir avivando la reinención de la tierra de sus antepasados.



Imagen 2. Gabi Martínez organizó la Caravana negra en La Siberia extremeña. Imagen cortesía de Miguel Cabello.

Las narraciones y poéticas contemporáneas incorporan la sensibilidad de género para dibujar visiones inéditas sobre el medio rural. Un número en aumento de autoras está desvelando y afirmando realidades, perspectivas y significados antes vedados o velados por las seculares estructuras patriarcales. Su posicionamiento sirve también para contribuir a agenciar a las mujeres sobre sus propios territorios y sobre los rela-

tos que de ellos se construyen. Autoras como María Sánchez (*Tierra de mujeres*), Irene Solà (*Canto jo i la muntanya balla —Canto yo y la montaña baila—*), Yayo Herrero o la poetisa Olga Novo, entre otras, se han convertido hoy en referencias muy necesarias para, desde una sensibilidad feminista —y, a menudo, ecofeminista—, reconectarnos a la tierra, y también cuidarla. Cuando hablamos de *cuidados* en estos contextos, el término adquiere un sentido muy real y concreto, pues son los cuerpos y las manos de las mujeres, hoy y antes, quienes han soportado y soportan, en gran medida, el sostenimiento de lugares, comunidades y naturalezas. Las voces de todas estas autoras lanzan un mensaje poderosísimo para reivindicar esa deuda y poder ensanchar las cosmovisiones asociadas al medio rural.

Un género narrativo y simbólico feraz en sus miradas e interpretaciones del paisaje es el cinematográfico. Dirijo ahora la lente hacia otra región muy arraigada a la tierra: Galicia. Allí fructificó hace unos años una nueva generación de cineastas que han entendido perfectamente la doble dimensión antropológica y medioambiental —paisajística— que de manera tan patente se halla adherida, en simbiosis, a su territorio. Desde una perspectiva a menudo contemplativa, poética a su manera, pero también y, ante todo, bajo una mirada muy humana sobre las personas y la tierra, unos con más énfasis que otros, la aventura cinematográfica de reconocimiento y reconexión con su lugar y su pasado que están llevando a cabo algunos de estos cineastas resulta fascinante. El más conocido es, seguramente, Oliver Laxe, cineasta multipremiado en Cannes y que con su última obra, *O que arde*, consiguió acceder a un público más amplio, aunque otros como Eloy Enciso (con obras como *Arraianos* o *Longa Noite*) o Lois Patiño (y su relato sobre el mundo de las mariscadoras en *Costa da Norte*), por traer otros nombres, transmiten a través de sus imágenes visiones y energías poderosísimas que empujan a replantear nuestra relación y reconocer nuestra deuda con unos paisajes con frecuencia despoblados o que acogen formas de vida y usos del territorio tantas veces menospreciados.

En la exhibición cinematográfica también hallamos casos significativos de festivales y muestras que entablan particulares diálogos con el paisaje, como la Muestra de Cine de Ascaso, en los Pirineos aragoneses, edificada desde el voluntariado y que hábilmente se publicita como “el festival de cine más pequeño del mundo”; o el Festival Periferias, que se celebra en diversas localidades y espacios naturales de la raya o frontera entre Extremadura y Portugal, como Valencia de Alcántara y Marvao; o el Festival de Cans, en Pontevedra, tantas veces citado, que hace gala de recursos y valores idiosincráticos —tractores o *chimpines*, y cobertizos o *galpones*, como, respectivamente, medios de transporte y espacios de

proyección del festival— para dotar de personalidad singular y única a un formato, como es el del festival de cine, demasiado codificado y previsible, y con el que la población local se siente muy identificada, reconocida e interpelada.

En el campo de la música, expresión que apela profundamente a lo emotivo, estamos asistiendo a una eclosión de festivales y eventos que, en algunos casos, están contribuyendo a la reimaginación y dinamización de nuestros espacios rurales. El festival Música en Segura, en Segura de la Sierra (Jaén), donde celebramos la segunda edición del Foro Cultura y Ruralidades, es una propuesta ejemplar por su apuesta, tan audaz como depurada en contenido y forma. Es un festival que desborda la propia idea de evento —festival expandido— para desplegarse en diversos momentos del año. Aquí, la música de cámara sale al encuentro de los entornos paisajísticos de la sierra de Segura, a la sazón parque natural, para hacerla más accesible, liberarla de corsés y, de paso, activar nuevas relaciones perceptivas y emocionales con los espacios naturales. Se sirve también, como escenario, de infraestructuras propias de los sistemas productivos locales, espacios *musicalmente imprevistos*, como es el caso, digamos, de una almazara o molino de aceite. En tales contextos, la música opera como elemento catalizador que revincula emocionalmente con un contexto humano, paisajístico y económico-productivo que padece déficits demográficos importantes.

La subversión y transformación de los paisajes y ecosistemas afectivos abre otra escena de intervención hartamente estimulante. El Festival Agrocuir de Ulloa (Lugo), mediante la combinación de la música y los imaginarios contemporáneos con las formas propias de una manifestación festiva muy popular en Galicia, como es la romería y su folclore asociado, propone espacios para el encuentro y la aceptación de la diferencia, y así se ha convertido en un dispositivo de integración ciudadana muy eficaz, que impulsa la normalización de la diversidad sexual y LGTBIQ+ en un escenario tradicionalmente tan hostil para la manifestación libre de las opciones afectivas no normativas como el rural. El dispositivo cultural opera entonces como elemento de naturalización de la diferencia y como herramienta de cohesión social y resiliencia demográfica.

Venimos, por otro lado, prestando una especial atención a los llamados *paisajes sonoros* y a la construcción de conocimiento y sentido a través del sonido —lo que llamamos *auralidad*—, que puede abrir caminos creativos muy estimulantes para explorar, interpretar y conectar sensorial y emocionalmente con los lugares y la historia, con el espacio y el tiempo. Huesca Sonora es uno de esos proyectos que encajan en la categoría de la sonoridad y que, por su capacidad de evocar, reconstruir y fa-



Imagen 3. *Ría*, de Juanjo Palacios, es una obra de arte sonoro producida por el Ministerio de Cultura para el V Foro Cultura y Ruralidades, celebrado en Navia en 2022.

bular paisajes y sensaciones, resultan tan insinuantes. Otra iniciativa que transita en coordenadas análogas es Andalucía Soundscape, un archivo de paisajes sonoros rurales y urbanos que, a diferencia del anterior, es de base colaborativa: los propios ciudadanos pueden contribuir a alimentarlo con sus experiencias sonoras y grabaciones de campo. Existen otras muchas propuestas, como Audiolab, en el País Vasco, de un marcado carácter artístico y experimental y con gran proyección internacional, o el proyecto pedagógico “Los sonidos de la escuela rural”, de la Fundación Cerezales, en León, donde son los propios chicos y chicas quienes, acompañados de una labor de mediación y tutoría artística, captan, manipulan y transforman los sonidos de su territorio y, de este modo, son capaces de reconocerse y construir identidad dentro del contexto que habitan.

Por último, dentro de este apartado referido a la (re)creación de paisajes a partir del sonido, he de mencionar el Jardín Cosmopolita, un proyecto desarrollado por los colectivos Nomad Garden y Antropoloops de Sevilla con motivo del quinto centenario de la vuelta al mundo de Magallanes y Elcano. Posteriormente, la idea sería replicada y desarrollada en Las Palmas de Gran Canaria (Kleos Doramas) y desde Cultura y Ciudadanía hicimos lo mismo en el Parque Cristina Enea (Kleos Cristina Enea), en San Sebastián, con motivo del VI Encuentro Cultura y Ciudadanía, que se celebró en Tabakalera Donostia. Se trata de una propuesta que,



en formato de aplicación geolocalizada y a modo de gabinete de las maravillas, relaciona especies botánicas con fragmentos científicos, históricos, artísticos y sonoros, para construir una narración-*collage* cultural y multisensorial alrededor de las plantas y las músicas de sus lugares de origen. Es un proyecto que apuesta por la combinación, la hibridación y la superposición de múltiples capas culturales y científicas, y es en esa sensibilidad tan compleja, interseccional —que combina arte, cultura, patrimonio, antropología, ciencia, tecnología y visualización de datos—, tan afín a nuestro ideario, donde radica su principal y formidable valor, que lo llevó a participar en la Bienal de Arquitectura de Venecia de 2021.

En el terreno, ahora, de las artes escénicas podríamos traer a colación un festival como el FETAL, en un pequeño pueblo de Valladolid, Urones de Castroponce, donde el espacio público, que por momentos no es sino el campo, alcanza singular protagonismo para la puesta en escena de las representaciones, alimentando percepciones novedosas sobre “lo que siempre estuvo ahí”. La categoría de espacio público, su construcción cultural y artística, colectiva y performativa, fue precisamente la que examinamos con carácter monográfico en el Encuentro Cultura y Ciudadanía de 2019, celebrado en Matadero Madrid, en el que tuvimos la oportunidad de conocer cuán ingente es la cantidad de prácticas, ideas y conceptos que pueden confluír en la construcción —rica, compleja, colectiva, democrática, inclusiva— de ese bien común que define y moldea nuestros paisajes. La obra-dispositivo *Labranza*, del Colectivo Lamajara, es una pieza escénica participativa en torno a las *coreografías* de las labores agrícolas que se construye y representa con la colaboración de la población local, que la hace suya, y una muestra más de cómo, a través de la implicación activa en la creación, las comunidades pueden relacionarse artística y emocionalmente con el patrimonio inmaterial, las formas de vida y los imaginarios asociados al agro.

Si desplazamos la mirada a las artes visuales contemporáneas, en su intersección con el territorio, la lista de ejemplos es inacabable. Nos hemos de conformar con citar, siquiera, unas pocas e incompletas referencias. El Arreciado, en Toledo, es un espacio productivo agroganadero de ovino, pero también un lugar para la investigación artística en torno a la lana y sus procesos de transformación y uso, en diálogo abierto con el paisaje de la dehesa. El Centro de Arte Contemporáneo y Sostenibilidad El Forn de la Calç, en Calders (Barcelona), conecta arte, feminismos, educación y sostenibilidad medioambiental para impulsar un nuevo pacto social con la naturaleza, y en una línea similar se posiciona Can Farrera, en Lleida. Un caso tan singular como reconocido es el de Genalguacil Pueblo Museo, ubicado en las sierras del interior de Málaga, el cual se concibe como un proyecto de desarrollo social, económico y demográfico



sustentado en la creación y la divulgación artística, en estrecha conexión con el contexto e impulsado por una activa participación de la población local en los propios procesos artísticos, en línea con los postulados del arte colaborativo.

Un referente es ya la Fundación Cerezales Antonino y Cinia, mencionada más arriba, que al igual que la anterior propuesta se ubica e interviene en eso que podríamos llamar los *paisajes de la despoblación*. Enraizada en un pueblecito leonés de poco más de treinta habitantes, y mediante una audaz combinación de etnoeducación, arte contemporáneo y procesos de mediación, está poco a poco modificando el paisaje social, material, medioambiental, artístico y simbólico de toda una comarca. No quiero olvidar, por su carácter pionero, proyectos como Campo Adentro, que opera en el cruce entre arte, agroecología, educación y activismo en diversos lugares de España y el extranjero, o el Museo Vostell, en Malpartida de Cáceres, integrado en el Monumento Natural de los Barruecos y que, fiel al ideario de su fundador Wolf Vostell, “arte es vida, vida es arte”, lanza un alegato en favor de la unión plena del arte con la vida y la naturaleza. Tampoco quisiera dejar de acordarme del encomiable trabajo que para la revitalización y la sostenibilidad de los territorios rurales viene realizando en Tarragona el Museo de la Vida Rural de l’Espluga de Francolí, ni, por último, del meritorio esfuerzo mancomunado que la red El Cubo Verde viene desarrollando para dotar de espíritu y sentido colectivo a buena parte de este torrente de iniciativas.

Se piensa con los pies, aseveraba Nietzsche. La práctica del paseo inscrita en el paisaje, cual dispositivo de mediación, diálogo e intercambio de conocimientos y experiencias entre personas de diferentes bagajes y sensibilidades, en ocasiones mediante la activación propiciada por artistas y creadores, se revela como una herramienta muy fructífera para activar procesos de análisis, relectura y resignificación, y son diversas las iniciativas que suelen desarrollar acciones de esta naturaleza errabunda y peripatética, como Nau Còclea, en Girona, o PACA Casa Antonino, en Asturias, por mencionar un par.

En última instancia, y para concluir, en concordancia con la apuesta por las hibridaciones e intersecciones disciplinares que alentamos desde Cultura y Ciudadanía, quisiera citar algunos proyectos que combinan arte, ciencia, activismo y participación social. En concreto dos que, en tiempos recientes, nos parecen especialmente reseñables: Reset Mar Menor, que apoyado en las artes y la investigación social trata de revertir los gravísimos procesos de degradación ambiental a que se haya sometida esta laguna costera murciana, y, en una línea similar, Barba-T, Arte, Ciencia y Participación en la Cuenca del Río Barbate, promovido por el

colectivo vejeriego Bee Time, que mediante prácticas artísticas y la implicación ciudadana interviene en la recuperación y la sanación de los maltratados paisajes fluviales de este río gaditano.

Sirva, en definitiva, este sintético itinerario como muestra del amplísimo y creciente caudal de propuestas e iniciativas artísticas y creativas —localizadas, audaces, vivaces, afirmativas, que plantan cara a los modelos hegemónicos y huyen de su tradicional condición subalterna— que prosperan en el territorio y significan y resignifican nuestros paisajes, los abren a nuevos sentidos y emociones —los mitifican o problematizan, también— e inducen nuevos modos de sociabilidad capaces, incluso, de vivificar política y ecológicamente nuestro territorio proponiendo modelos alternativos de progreso.

## Referencias bibliográficas

- ALBELDA, José; PARREÑO, José María; MARRERO HENRÍQUEZ, José Manuel (coord.) (2018). *Humanidades ambientales. Pensamiento, arte y relatos para el Siglo de la Gran Prueba*. Madrid: Catarata.
- BEARD, Mary (2018). *Mujeres y poder: un manifiesto*. Barcelona: Editorial Crítica.
- BRONCANO, Fernando (2017). “Espacios intermedios”, *Cultura y Ciudadanía*. Disponible en: <<https://culturayciudadania.culturaydeporte.gob.es/dam/jcr:1b607b04-93de-4a2d-a2b2-6b0a862b174e/Fernando%20Broncano.pdf>> [consulta: 20.9.2022].
- BURGOS, Benito (2020a). “De los objetos a los sujetos: transiciones del patrimonio cultural. Reconceptualizaciones y reinstitucionalizaciones”, *PH*, núm. 101 (*De lo público al bien común: emergencia de otros modelos de gestión del patrimonio cultural*), p. 26-47.
- BURGOS, Benito (coord.) (2020b). *Pensar y hacer en el medio rural. Prácticas culturales en contexto*. Madrid: Ministerio de Cultura y Deporte. Disponible en: <<https://culturayciudadania.culturaydeporte.gob.es/dam/jcr:fc60db21-3e5f-458b-8e2c-a4deb753f3a4/pensar-hacer-compressed.pdf>> [consulta: 20.9.2022].
- GARCÉS, Marina (2013). *Un mundo común*. Barcelona: Bellaterra.
- LATOUR, Bruno (2005). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- MONTESINO, María (2019). “Comunidades para vivir: nuevas ruralidades, imaginarios locales y espacios de resistencia”, *Cultura y Ciudadanía*. Disponible en: <<https://culturayciudadania.culturaydeporte.gob.es/>>

- dam/jcr:b758316d-3215-476b-af51-d08750fa3ee8/maria-montesino.pdf> [consulta: 20.9.2022].
- MONTESINO, María; DE LA IGLESIA, Toñi; INCERA, María (coord.) (2021). *Revista La Ortiga*, núm. 132 (*monográfico sobre el taller Rural Experimenta II*). Disponible en: <<https://laortigacolectiva.net/revista-la-ortiga-numero-132-rural-experimenta/>>.
- MORENO-CABALLUD, Luis (2017). *Culturas de cualquiera*. Madrid: Acuarla Libros/Antonio Machado Libros.
- NOGUÉ, Joan (ed.) (2007). *La construcción social del paisaje*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- PULEO, Alicia (2019). *Claves ecofeministas: Para rebeldes que aman a la Tierra y a los animales*. Madrid: Plaza y Valdés.
- QUIROGA, Fran (2019). “Hacia una cultura en extensivo”, *Cultura y Ciudadanía*. Disponible en: <<https://culturayciudadania.culturaydeporte.gob.es/dam/jcr:f6d136e6-e34c-45ce-ab88-ba2311a450a9/fran-quiroga.pdf>> [consulta: 20.9.2022].
- RANCIÈRE, Jaques (2010). *El espectador emancipado*. Castellón: Ellago.
- RED EL CUBO VERDE (2021). *CULTURARIOS. Humus de iniciativas culturales en el campo*. Gijón: PACAbooks. Disponible en: <<https://culturarios.yolasite.com/culturarios-publicaci%C3%B3n-digital/>> [consulta: 20.9.2022].
- SÁNCHEZ, María (2019). *Tierra de mujeres: Una mirada íntima y familiar al mundo rural*. Barcelona: Seix Barral.